95

5

La Abadia de Poumarèd[illegible]

10

# LA ABADIA DE PENMARCH.

## DRAMA EN TRES ACTOS EN PROSA

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.




MADRID, 1844.

**Imprenta de D. Marcos Bueno,**

PLAZUELA DE SAN MIGUEL, NÚM. 6.

*Se hallará en las librerías de Perez calle de Carretas, y de Cuesta, calle Mayor.*

## PERSONAS.

SANTIAGO PERKINS, ex-corsario.
MONCTONN, capitan de la marina inglesa.
MERIADEC, correjidor.
GERVASIO, secretario del correjidor.
BELTRAN, gefe de aduaneros.
NICOLAS, pescador.
PRUDENCIO, sobrino de Beltran.
TOMAS, contrabandista.
ALICIA, posadera.
Pescadores, aduaneros, vecinos.

La escena es en Douarnenez, ciudad pequeña de la costa de Bretaña.



# ACTO PRIMERO.

El teatro representa un punto de la costa: varios peñascos enormes y la pendiente de un cerro situado á la derecha del espectador solo dejan ver á lo lejos el mar. En la segunda caja á la derecha una posada de poco viso con este rótulo: *Posada de Santa Ana, Patrona de los marineros.* A la izquierda se ve la entrada de un ancho soportal. Delante de la posada, bajo una especie de cobertizo, hay una mesa grande y dos bancos. Al levantarse el telon aparecen varios pescadores ocupados en adornar la entrada del soportal, con remos, velas y gallardetes.

## ESCENA PRIMERA.

PESCADORES, VECINOS *y* VECINAS *del pueblo, despues* PRUDENCIO.

UN PESCADOR. ¡Ah! Ya está aqui Prudencio.

PRUDENCIO. *(Saliendo del soportal.)* Ya lo veis, bufones; ya veis que he despachado antes que vosotros.

PRIMER PESCADOR. Toma! ya lo creo; para armar una grada con dos tabloncillos y cuatro cajones....

PRUDENCIO. Sí; pero es que habia que cargar con ellos para llevarlos á otro sitio.... y he tragado un polvo!... Por fortuna estoy acostumbrado á este género de tragos, que es casi lo único que da de sí la profesion de aduanero.... miento, da mas: las palizas, cuchilladas ó balazos con que esos pícaros contrabandistas suelen regalar á nuestra apreciable brigada. Asi cuando hay una espedicion peligrosa, procuro siempre no peligrar en ella.

SEGUNDO PESCADOR. Ya; y por eso te has quedado hoy con nosotros bajo pretesto de ayudarnos en los preparativos de la funcion.

PRUDENCIO. Mucho.... y no lo niego; y aunque vosotros creais que todo es purísimo miedo, yo digo que es purísima prudencia. ¿Sabeis que si son ciertas las noticias que se han recibido, se trataba nada menos que de atacar á viva fuerza y enmedio del dia tal vez á treinta.... ¿qué digo treinta? tal vez á doscientos de esos bribones, de quienes se sospecha que desembarcan sus géneros en las rocas de Penmarch cerca de la Abadía arruinada? ¿Eh? ¿qué os parece? un combate naval.... ¡y por agua! Que vaya mi tio Beltran, que es gefe de los aduaneros con plaza efectiva, y hombre á quien no se le pone nada por delante, eso está en el órden; pero á mí que se me ponen por delante mil cosas, y no soy mas que supernumerario de la brigada, ¿quién me mete en libros de caballerías?

PRIMER PESCADOR. Pues tiene razon.

PRUDENCIO. (*Dándole la mano.*) Pescador.... Celebro infinito que seas de mi dictámen.

SEGUNDO PESCADOR. Y además ¿qué te importa que la aduana gane ó pierda en esas andanzas?

PRUDENCIO. Es claro.... ¿á mí qué me importa?

SEGUNDO PESCADOR. ¡Oh! yo apuesto á que entre la gente que anda al contrabando, aunque tan malvada nos la pintan, hay muchos infelices que acaso no se han puesto á ello sino porque la necesidad les ha obligado. Apesar de los beneficios que hace el Sr. Meriadec nuestro corregidor, en Douarnenez hay mucha miseria, y los que no poseen otro recurso que sus redes, mas de cuatro dias se quedan sin comer.

PRUDENCIO. (*Aparte.* ¿Que es lo que dice?... De la mayor parte de estos pescadores se sospecha que son.... ¿si acaso este?... Disimulemos.) ¡Hola! ¿habeis concluido? venid á beber un trago: yo soy quien paga.

SEGUNDO PESCADOR. ¿De veras? Es muy campechano Prudencio.

PRUDENCIO. ¡Qué tontería!... entre amigos.... porque yo soy amigo vuestro: aqui donde me veis, soy amigo de todos los pescadores, porque los pescadores son gente que sabe lo que se pesca. (*Llama golpeando la mesa.*) Vamos pronto, vino, vasos —Ea, la familia femenina, que vaya á aviarse para la funcion, y sobre todo no hacerse esperar. (*Vanse las mujeres. Vuelve á golpear la mesa.*) Venga vino: ¡eh! maese Santiago!

## ESCENA II.

ALICIA *con una jarra y vasos.*—DICHOS.

ALICIA. ¡Ya van, ya van! ¡Dios mio, qué alboroto!

PRUDENCIO. (*Dirigiéndose hácia ella mientras los pescadores se echan de beber.*) ¡Calla! que es la hermosa Alicia! ¿Cómo es eso? ¡Todavia sin vestirse y principiará el baile antes de una hora!

ALICIA. (*Con tristeza.*) ¡El baile! Sí, en eso estoy yo pensando.... ¡Tengo una inquietud...!

PRUDENCIO. (*Con malicia.*) ¡Ya caigo! el novio tarda y....

PRIMER PESCADOR. Lo que hay es que el tio Santiago se niega á aceptar por yerno al pobre Nicolás, hasta que no haya reunido tres mil francos lo menos.

ALICIA. No, amigos, no es eso: mas grave causa tiene mi pesadumbre: mi padre salió á pesca hace tres dias, y aun no ha vuelto.

PRUDENCIO. ¿Hace tres dias? En efecto que se detiene demasiado. (*Aparte.*) ¿Si se ocupará Santiago en pesca mas gorda que la de sardinas?... No lo estrañaria.... un antiguo corsario....

ALICIA. Ayer hubo tempestad, y estoy temblando de que....

SEGUNDO PESCADOR. Bah, bah, no hay razon para tanto, niña: el tio Santiago es un marinero viejo que se entra en la mar como Pedro por su casa, y nada como un tiburon: capaz es si naufragara á diez leguas de aqui, de venirse sin sorber un cuartillo de agua. Alguna ráfaga le habrá impedido tomar la costa.

ALICIA. Pero esta noche el mar estaba tranquilo y hacia una luna hermosa: yo fui hasta mas allá de la bahía de Audierne y nada vi por ningun lado.

PRUDENCIO. (*Con viveza.*) ¡La bahía de Audierne! ¿y os habeis atrevido.... sola...?

ALICIA. ¿Y por qué no? ¿Me habian de asustar las patrañas que se cuentan, porque alli cerca, en el recinto de la antigua Abadía es donde estuvo antes el cementerio?

PRUDENCIO. No es por eso, sino por.... por.... Lo que es yo, de seguro que no iba.

VARIOS PESCADORES. (*Bajo unos á otros.*) Ni yo, ni yo.

ALICIA. ¡Cómo! ¿y si os halláreis en mi lugar...? si el padre de uno de vosotros.—¡Oh! no sabeis lo que es temer por la vida de un padre. (*Llora.*)

**Prudencio.** Vamos, vamos, hija, no os desconsoleis. ¡Qué diablo! seria triste cosa que os sucediese una desgracia precisamente el dia de Santa Ana. El Sr. Santiago volverá sano y salvo.

**Alicia.** Si pudiera esperarlo y creeros, ¡sería tan dichosa...! ¡Oh! pero si, nuestra santa patrona le protegerá: ¿no es verdad? ¡Se lo he rogado tanto...!

## ESCENA III.

### GERVASIO,—DICHOS.

**Gervasio.** (*Que acaba de entrar y ha oido las últimas palabras de Alicia.*) ¿Rogar? ¿El qué? ¿Y por qué?

**Prudencio.** ¡Hola! aquí está el señor Gervasio el secretario del corregidor y su confidente!

**Gervasio.** Buenos dias, amigos. (*Dirigiéndose á Alicia.*) Querida mia, ¿por qué han llorado esos hermosos ojos, que tan encendidos están?

**Primer Pescador.** ¡Qué quereis! Señor Gervasio; la ausencia de su padre la trae á mal traer á la pobre chica.

**Gervasio.** (*Aparte.* Tambien me tiene á mí con cuidado. ¡Con tal que haya podido esta vez burlar la vigilancia de ese condenado Beltran!) Alicia es una buena hija; pero no debe abandonarse á temores exagerados.

**Todos.** Pues que no.

**Gervasio.** La verdadera desgracia seria no tratar de hacer negocio en la posada de Santa Ana, hoy que vendrá aquí el señor Monctonn.... ya sabeis, aquel rico capitan de navio que nos visita una vez al año, desde que por las noticias que le dió el señor Meriadec, mandó construir aquí dos sepuleros: el uno en honor de su mujer, cuyo cuerpo fué hallado hace quince años en la playa de Douarnenez, al siguiente dia de aquella famosa tempestad que destruyó casi enteramente la Abadía de Penmarch, y el otro en memoria de sus dos hijas, víctimas del mismo desastre, y que sin duda sirvieron de pasto á los peces.

**Prudencio.** Si, si. Monctonn, un inglés que tiene la mania de apostar sobre todo.

**Alicia.** ¡Y que es tan bueno! tan generoso! que me obsequia siempre tanto.... Mirad, él fué quien me dió esta cruz tan bonita en su último viage.

**Gervasio.** Pues ayer llegó, y ahora vais á juzgar si su llegada puede

teneros cuenta. Fiel á su costumbre de probar fortuna por todos medios, apostó el año pasado 1500 francos con el señor Meriadec, á que no obstante lo peligroso del mar, al cabo de doce meses en el mismo dia y á la misma hora, su corbeta habia de anclar en la bahía de Audierne.

PRUDENCIO. ¿Y ha ganado?

GERVASIO. Sin discrepar en un minuto: y esos 1500 francos os los regala á todos con motivo de la fiesta que celebrais hoy.

TODOS. Bien, bien, bien, bien.

GERVASIO. (*A Alicia.*) Ya veis, hermosa Alicia, que una buena parte del dinero de mi gefe, pasará á vuestro mostrador. Creedme, mientras viene Santiago y para hacerle olvidar sus fatigas, atended á servir y cobrar. Y vosotros (*A los pescadores.*) venid conmigo á recibir, segun la lista que se me ha dado, la parte que os toca de ese dinero.

TODOS. ¡Viva el inglés! ¡viva nuestro corregidor!

ALICIA. Señor Gervasio, seguiré vuestro consejo; pero no acertaré hoy á contentar á los parroquianos; porque estoy muy triste para ponerles buena cara.

GERVASIO. (*Aparte.*) Lo mismo absolutamente me sucede á mí, que tengo que aparentar indiferencia por lo menos, y estoy temblando que mi corta hacienda se halle acaso á estas horas en poder de esos malditos aduaneros.

PRUDENCIO. (*A los pescadores que han subido al cerro de la derecha.*) Aguardad, no hay que moverse; justamente viene aquí el corregidor con el bizarro inglés.

## ESCENA IV.

MERIADEC, MONCTONN.—DICHOS.

TODOS. ¡Viva el señor corregidor, viva el capitan!

MERIADEC. Basta; amigos, basta: ya veo por vuestro entusiasmo á favor de mi noble amigo, que Gervasio os lo ha contado todo. Ea, id á tomar ese dinero que me alegro de haber perdido, pues que pasa á vuestras manos. Ah! dime, Gervasio, ¿hay noticias de la espedicion de nuestros aduaneros?

GERVASIO. Todavia no hay ninguna, señor corregidor; pero ya caerán esos canallas.... (*Aparte.* Pobre gente...!) Si el valiente Beltran los descubre, como lo espero. (*Aparte.* Dios los socorra.) Asi vos, librando á esta parte de la Bretaña de tan

grave plaga, adquiriréis el mas elevado título al reconocimiento de vuestros administrados.

PRUDENCIO. Bien dicho, señor Gervasio.... Asi me gusta.... *(A los pescadores.)* Este si que no se muerde la lengua para decir lo que siente.

GERVASIO. Yo.... ¡vaya! y aun me contengo. Siempre he manifestado mi opinion francamente acerca de esos tunos.... Si señor, el contrabando destruye la industria y el comercio; y será poco todo el rigor que se desplegue contra unos....

MONCTONN. Unos facinerosos, que nuestras leyes, mas justas que las vuestras, igualan á los salteadores de caminos.

GERVASIO. Señor Monctonn. ¿Sabeis que á los contrabandistas aquí...?

MONCTONN. Se les echa á galeras ... En Inglaterra los ahorcan, lo cual ya veis que está mas en el órden.

GERVASIO. *(Aparte.)* No me retiraré yo nunca á Inglaterra.

PRUDENCIO. *(Aparte.)* ¡Qué imprudente es este inglés!

MONCTONN. *(Reparando en Alicia y dirigiéndose á ella.)* ¡Oh mi linda protegida...! Mirad, señor corregidor, cuanto ha crecido en hermosura desde el año pasado.... ¿Estareis ya casada supongo?

ALICIA. *(Saludando á Monctonn.)* No, señor capitan.

MERIADEC. Pues por falta de deseo no queda: ¿verdad Alicia? Ello si, no podia haber hecho mejor eleccion. No conozco un jóven mas honrado que el pescador Nicolás; pero el tio Santiago es un huron, que hace poco caso de sus suspiros, y la felicidad de los dos amantes depende de un sí, que todavia no han podido arrancarle.

PRUDENCIO. *(Aparte.)* Un si de 3,000 francos.

MONCTONN. El tio Santiago.... *(A Meriadec.)* Ya me habeis hablado de ese hombre; soldado viejo de marina, antiguo corsario.... Me acuerdo de que quise verle en los dos últimos viages; pero se hallaba ausente.... Esta vez espero que hagamos conocimiento.

ALICIA. Le honrareis mucho, señor capitan.

MONCTONN. Yo trataré de que mi amistad os sea útil...; amistad que no puede ser sospechosa, porque tengo ya cincuenta y tres años y lloro todavia á una esposa adorada y dos hijas, que serian ahora de vuestra edad.

*(En este momento se oye á lo lejos hácia el mar, una fuerte detonacion. Sorpresa general. Los pescadores y Alicia se amontonan hácia las rocas del fondo.)*

MERIADEC. (*Con viveza.*) ¿Qué estruendo es ese? Nunca ha hecho un buque saludo semejante al entrar en la bahía de Douarnenez.

MONCTONN. (*Dirigièndose tambien hácia el fondo.*) Nada se alcanza á ver desde aquí; pero sin duda alguna (y yo soy mas práctico en esto que vos) es imposible que una pieza, aunque fuera de treinta y seis, hiciese un estrépito como el que hemos oido.... Apuesto á que es algun buque que se ha volado.

MERIADEC. ¿Un buque? El estampido habria sido mucho mas fuerte.

MONCTONN. ¡Señor! Yo no digo que sea un navio de guerra, sino algun bergantin viejo, tripulado por los contrabandistas á quienes perseguis, los cuales viéndose apurados, habrán pegado fuego á la Santa Bárbara por no caer en manos de los aduaneros.

MERIADEC. ¡Ojalá fuera eso!

MONCTONN. ¿Quereis apostar?

MERIADEC. No, á fé; porque sentiria ganaros.

PRUDENCIO. ¡Toma! ahora que me acuerdo! subiendo al Faro puede verse lo que es.

MONCTONN. Tiene razon este mozo. Vamos, el que tenga curiosidad, que me siga.

PRUDENCIO. (*Aparte.*) ¡Oh! Si mi tio volviese vencedor! ¡Qué gloria!

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Qué desgracia si han sorprendido á Santiago!

(*Todos menos Alicia toman el camino del cerro y se van detrás de Meriadec y de Monctonn.*)

## ESCENA V.

ALICIA *y despues* NICOLAS.

ALICIA. (*Sola.*) No sé en qué consiste, pero desde que ha llegado el capitan, estoy menos inquieta.... y aun me parece que esperimento una secreta confianza.... Me ha prometido ver á mi padre.... Si pudiese decidirle.... (*Viendo á Nicolás.*) ¡Nicolás! ¡Ah! no me engañaba el corazon: sentia en él un presentimiento de ventura, y es que adivinaba la venida del que amo.

NICOLAS. (*Que sale y va corriendo á abrazar à Alicia.*) Querida Alicia...!

ALICIA. (*Finjiendo enfado.*) Eso es, hoy mucho querida Alicia, y ayer el señorito no pensó ni un instante en mi. ¡No haber venido, siquiera por cinco minutos, sabiendo que estaba sola y triste¡

NICOLAS. (*Como distraido.*) Me fué imposible, amada mia; una urjencia....

ALICIA. ¿Urjencia?

NICOLAS. Sí.

ALICIA. ¡Hola! ¿Secretitos?... Pues yo soy menos reservada que tú.... ¿Te acuerdas de aquel capitan de navío, aquel amigo del señor corregidor que todos los años antes de marcharse, me hace algun regalo? Pues aqui está; y delante del señor Meriadec, que te elojiaba, me ha dicho, ha un momento, que se interesaba en nuestra boda.

NICOLAS. (*Aparte.*) ¡Nuestra boda!

ALICIA. Y va á hablar á mi padre, y entonces....

NICOLAS. (*Con viveza.*) A tu padre.... Tambien yo tengo que verle. ¿Há vuelto?

ALICIA. ¡Ay! no; pero creo que no tarde. Ahora que te he dicho mi secreto, ¿mé confiarás el tuyo?

NICOLAS. ¡Querida Alicia! Si te lo dijera, te aflijiria.

ALICIA. Pues ¿qué hay? ¡Oh! habla; yo te lo suplico.

NICOLAS. (*Despues de haber vacilado un instante.*) Tu habrás oido decir que de poco tiempo á esta parte, el número de los contrabandistas se ha aumentado mucho en estas playas. La autoridad, justamente inquieta, ha adoptado al fin las medidas mas rigorosas, y ha hecho venir de Brest y de Quimper un refuerzo de soldados y dependientes de la Aduana, á las órdenes de un gefe animoso y activo. Varios habitantes de Douarnenez, de quienes se sospecha que se dan á este tráfico vergonzoso, van á ser vijilados secretamente; y esta mañana, antes del dia, una corbeta de la marina real, tripulada por 40 hombres, salió del puerto, con órden de esplorar la costa y apoderarse de los culpables que descubriese.

ALICIA. Eso mismo con corta diferencía es lo que yo sabia; pero ¿qué tienen que ver esas circunstancias con....

NICOLAS. (*Bajando la voz.*) Esas circunstancias, Alicia, son terribles para mi.... Un hombre á quien me unen estrechos vínculos.... á quien tengo ley.... se ha dedicado á tan vituperable ejercicio. La voz pública le acusaba, yo le he espiado, y tengo ya pruebas positivas. Mis relaciones con él, la situacion de la casa que habito, tan cercana al lugar apartado que esos miserables han elejido como punto central de sus espediciones, no me dejan duda que de un momento á otro puedo verme comprometido; y he resuelto ausentarme, aunque temo que mi fuga me acuse, y aunque me desespera el tener

que separarme de ti, porque nuestro matrimonio es ya tal vez imposible.

ALICIA. ¡Imposible!... ¡Oh!... pero eso es espantoso.... Dime, Nicolás: la esperanza de adquirir el dinero que mi padre ha exijido para concederte mi mano, ¿te ha hecho asociarte con esos miserables? ¿Es verdad lo que me has referido? No tienes nada de que reconvenirte ¿no es asi?

NICOLAS. ¡Ah! ¿puedes pensar?...

ALICIA. Pues bien; busca al señor Meriadec, dile lo que sabes, lo que has visto, participale tus temores y pídele consejo.

NICOLAS. (*Con viveza.*) Seria una delacion, y ya te he dicho que ese hombre era mi amigo.

ALICIA. ¿Con que es decir que la amistad puede mas contigo que el amor?... ¿Prefieres la seguridad agena á tu dicha?

NICOLAS. Mi honor me prohibe cometer una infamia.... Lo mas que puedo prometerte es no tomar una resolucion definitiva hasta mañana; esta noche, durante la funcion discurriré, y tal vez halle un medio. Entre tanto, ya habrá vuelto tu padre que es el primero á quien he de pedir parecer.

ALICIA. No dices mal.

NICOLAS. A Dios, querida mia; pronto volveré á verte.

ALICIA. (*Entrando en la posada.*) ¡Protejednos, Dios mio!

## ESCENA VI.

SANTIAGO, TOMAS.—NICOLAS.

(*Nicolás se sienta junto á la mesa con la cabeza apoyada en la mano: mientras parece sumerjido en profundas meditaciones, Santiago y Tomás se dejan ver en el fondo sobre las rocas; el primero sostiene al segundo, cuyos pasos vacilantes anuncian su debilidad.*)

SANTIAGO. (*Al llegar á la mitad de la escena.*) Por fin, llegamos!... (*Viendo á Nicolás y como sorprendido.*) ¡Nicolás!

NICOLAS. (*Levantándose.*) Buenos dias, señor Santiago.

SANTIAGO. (*Mientras que Tomás llega al banco y se deja caer en él dando muestras de un agudo dolor.*) Buenos dias.... Estamos rendidos de cansancio.

NICOLAS. Si, sobre todo Tomás á lo que parece....

SANTIAGO. Dí á mi hija que nos traiga un jarro de vino. (*Nicolás entra en la posada.*)

## ESCENA VII.

SANTIAGO, TOMAS; *despues* ALICIA *y* NICOLAS.

SANTIAGO. Vamos, Tomás, valor.... ya conoces que si llegara á saberse que estás herido, no se necesitaba mas para confirmar las sospechas.

TOMAS. (*Haciendo un esfuerzo.*) Tranquilízate; primero me dejaria descuartizar. Yo no soy capaz de hacer traicion á mis compañeros y menos á tí, á quien profeso el mayor afecto. (*Despues de una pausa.*)Pero este balazo maldito me duele tanto, aunque no es de peligro, y perdí ya tanta sangre...! (*Abriéndose la camisa y descubriendo un bendage ensangrentado.*) Mira, mira.

(*Santiago se quita el pañuelo del cuello, y hace con él un nuevo bendaje a Tomás. Apenas ha acabado esta operacion, salen Nicolás y Alicia.*)

ALICIA. (*Echándose en brazos de Santiago.*) ¡Padre! ¡Por fin estais de vuelta! ¡Oh que alegria tengo!

SANTIAGO. (*Despues de haberla abrazado.*) Pon ahi encima eso que traes y déjanos.

ALICIA. (*A quien Nicolás ha hecho la misma invitacion por medio de una seña.*) Si, padre, bien. (*Váse.*)

SANTIAGO. (*Echa vino á Tomás.*) Tu barraca solo dista un paso; bébete este lleno y vete á acostar, á ver si te alivias.... (*Presentando su vaso para brindar á Nicolás que ha permanecido pensativo.*) ¿Qué es eso? ¿Tienes obstruida la garganta que no bebes....

TOMAS. (*Despues de haber bebido.*) A Dios Santiago. (*Va á levantarse y se tambalea.*).

NICOLAS. No puede ir solo.... Apoyaos en mí, Tomás, yo os llevaré á vuestra casa.

TOMAS. ¡Vive Dios, que no estoy para rehusar la oferta.

NICOLAS. (*A Santiago que hace un movimiento para seguirlos.*) Quedaos, tengo que hablaros. (*Vanse Tomás y Nicolás.*)

## ESCENA VIII.

SANTIAGO; *despues* NICOLAS.

SANTIAGO. ¡Maldita suerte!... Sorprendidos, batidos, dispersos.... y

todo lo que poseia, aniquilado, perdido en un solo dia.... ¿quién sabe tambien si durante la accion que hemos sostenido, conocerian á alguno de nosotros esos malditos aduaneros? Entonces, un castigo infamatorio.... ¡Infeliz, infeliz de aquel que haya conocido mi semblante! mi venganza seria espantosa.... lo juro, y pruebas tengo dadas de que nada me arredra para cumplir un juramento. (*A Nicolás que se dirije á él.*) Veamos que tienes que decirme y sé breve; si tratas de hablarme de tu amor á mi hija, ya sabes que puse por condicion para el casamiento....

NICOLAS. Qué ¡habia de tener yo un capital de 3000 francos por lo menos; pues bien, si quisiera, podria adquirir el doble.

SANTIAGO. ¡Hola! ¿Y cómo?

NICOLAS. Delatando á un gefe de los contrabandistas que se reunen en las rocas de Audierne; declarando que he espiado sus pasos, que le he visto anoche, que le he conocido....

SANTIAGO. (*Echando mano á un puñal oculto entre la faja.*) ¡Silencio Nicolás!

NICOLAS. Pero en vez de venderle, de entregarle vilmente, le busco para decirle: Hay sospechas acerca de vos, vagas todavia, pero que de un momento á otro pueden cambiarse en certidumbre. Romped enteramente con esos hombres culpables, cuya compañía os pierde; abandonad una ocupacion indigna; renunciad á unas ganancias que os han de costar la honra; y si algun dia por falta de fuerzas no podeis atender á vuestras necesidades, Nicolás trabajará para sosteneros y daros un pedazo de pan.

SANTIAGO. Vaya en gracia; el remate de tu discurso me ha hecho olvidar el principio; pero has de saber que cualquiera otro hubiera pagado con la vida el poseer mi secreto: de ti ni aun exijo la promesa de callar, porque ademas de estar persuadido de tu honradez, tu amor á Alicia basta para tranquilizarme. Con todo, es indispensable que me hagas un servicio. En el ataque de esta mañana, de doce hombres que me acompañaban, ocho se han ido á pique, dos creo que se salvaron á nado, y yo con Tomás herido, me refujié en una chalupa como último recurso, ganando las rocas á fuerza de remo. mientras la infernal cuadrilla de los aduaneros se apoderaba de nuestro rico cargamento é incendiaba mi lugre abandonado. Sin embargo, el dia anterior fuimos mas felices porque desembarcamos no lejos de Penmarch varios cajones y

fardos de jéneros. Esta noche me ayudarás á meterlos en una de las cuevas de la Abadía donde está escondido lo demás; la supersticion y los rumores diestramente difundidos por antiguos camaradas y por nosotros mismos, han hecho de aquel paraje un punto seguro de depósito. Despues, ya tendré tiempo de imajinar los medios de deshacerme de todo.

NICOLAS. ¿Me jurais que ya nunca?...

SANTIAGO. Si.... (*Aparte.*) Al menos por ahora.

NICOLAS. En ese caso, aunque es accion que me repugna, el padre de Alicia puede contar conmigo.

SANTIAGO. Está bien.... á las doce en la Abadía de Penmarch.

NICOLAS. A las doce estaré. (*Nicolás se va por el fondo, Santiago entra en su casa.*

## ESCENA IX.

GERVASIO, BELTRAN, PRUDENCIO *y* ADUANEROS *que salen por la izquierda; pescadores y pescadoras que salen por la derecha; luego* ALICIA *que despues entra y sale para servir á los que se han sentado á la mesa delante de la posada.*

GERVASIO. Pues si, señor Beltran; por modestia decia que no; pero yo sostengo que ha sido un hecho de armas asombroso.... (*Aparte.*) Que no hubieras dejado alli la piel!

PRUDENCIO. ¡Qué cosa tan magnífica debe ser una accion! sobre todo siendo los nuestros diez contra uno, los de acá con armas y el enemigo sin ellas!

BELTRAN. Ya: y tú te has quedado en tierra para admirar desde lejos!

PRUDENCIO. ¡Con lo que sale mi tio! Si yo hubiera sacado algo que rascar, si me hubieran saltado un ojo ó roto un brazo ¿ganábais algo vos?

BELTRAN. ¡Cobarde! ¡Buena carrera harás con tales principios!

PRUDENCIO. ¿Y por qué no? Bien puede uno ser útil en su estado sin deteriorar su individuo. Mirad, vos por ejemplo (os conozco perfectamente) sois un leon y estoy seguro de que habreis repartido tajos y mandobles por luz, sin acordaros de otra cosa; pues bien; yo si me hubiera hallado en la broma, me habria agazapado en algun rincon observando desde alli, mirando y remirando á los tunos que no habeis podido hacer

prisioneros; y ahora os diria; ahí va uno, ahí van dos, ó tres, ó cuatro (que el número no importa): de manera que sin ser valiente, hubiera merecido bien de la patria, ni mas ni menos que vos.

BELTRAN. No he procedido yo del mismo modo.... y sin embargo acaso pueda decir quien es el jefe de los bandidos.

GERVASIO. *(Aparte.)* El diablo del hombre me hace temblar de pies á cabeza.

PRUDENCIO. *(A Beltran señalando á los pescadores que están sentados á la mesa);* ¿Es alguno de esos?

BELTRAN. Silencio.... Necesito estar seguro....

## ESCENA X.

MERIADEC, MONCTONN, VECINOS, MUSICOS.—DICHOS.

MONCTONN. *(A Meriadec al salir.)* ¡Qué tal! espero que otra vez me creais.

MERIADEC. Es verdad, tambien habria perdido la apuesta.

GERVASIO. *(Dirijiéndose á Alicia y llevándola á aparte.)* ¿Volvió por último vuestro padre?

ALICIA. Si señor, ahora mismo acaba de llegar.

MERIADEC. *(Viendo al gefe de los aduaneros.)* Sr. Beltran, esta noche escribiré al Prefecto para instruirle del buen éxito de la empresa y de vuestro brillante comportamiento: mientras os dá las gracias él, recibidlas de mí.

BELTRAN. He cumplido con mi deber, señor corregidor; y puesto que deseais dar parte á la autoridad, tengo que suplicaros que suspendais hasta mañana enviar el oficio.

MRRIADEC. ¿Hasta mañana? ¿y por qué?

BELTRAN. *(Aparte á Meriadec, Monctonn, Gervasio y Prudencio.)* La victoria de hoy no será completa mientras no tengamos en nuestro poder, si no al gefe mismo de los contrabandistas, al menos á algunos de la partida por cuyo medio le descubramos. Con el aviso que he tenido de que las cercanias de la Abadía de Penmarch sirven de punto de retirada á esos bandidos, he dado á mi tropa órden de que permanezca toda la noche sobre las armas; mi sobrino la conducirá y yo me adelantaré solo para averiguar la exactitud de las noticias que he recibido.

GERVASIO. *(Aparte.)* ¡Reniego del proyecto! Pero yo avisaré á Santiago.

PRUDENCIO. ¿Qué es lo que decis: tio? Ireis.... ¿Teneis el diablo en el cuerpo...? ¿Y creéis que yo he de ser tan verdugo de mí mismo, que os acompañe en la escursion?

MONCTONN. ¿Y por qué no, amigo Prudencio? El valor, ¿nó es en este pais una virtud de familia?

PRUDENCIO. (*Mientras que Gervasio apartándose con precaucion se dirige á la posada y entra sin ser visto.*) Capitan, yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis opiniones. Ademas, vos no sois de aquí y no conoceis el parage de que se trata.

MONCTONN. ¿Es espantoso, eh?

PRUDENCIO. ¿Si es espantoso? (*Dirigiéndose á los pescadores.*) Vosotros, muchachos, informad aquí al señor capitan; pregunta acerca de la Abadía de Penmarch. Allí se ven espectros.... llamas que van y vienen, especialmente cerca de aquel gran sauce, ya sabeis.... y despues se oye como una voz sepulcral que le dice á uno al oido. Buh.... u.... u.... u....

BELTRAN. ¡Bah! cuentos de viejas.

PRUDENCIO. Yo no soy ninguna vieja, tio; preguntádselo á todos.

TODOS. Si, si; ¡oh! es verdad.

MERIADEC. Lo cierto es que como en esas ruinas se han verificado asesinatos y suicidios, se han hecho tan temibles que, esceptuando el intrépido Beltran, estoy cierto de que no hallariais en Douarnenez un hombre que se atreviese á ir allá solo y de noche, aunque le pesárais á oro.

PRUDENCIO. Bien seguro!

MONCTONN. ¡Oh! vos haceis un agravio al valor de vuestros administrados; ganas me dan de apostar, aunque no sea mas que por vengar su honor, á que consigo, no solo que un hombre sino que una muchacha, vaya esta noche sola á ese sitio temible, y en prueba de haber estado, nos traiga una rama de ese gran sauce de que nos ha hablado el insigne Prudencio.

MERIADEC. Perdiais la apuesta.

MONCTONN. Buena ocasion para desquitaros, porque si consentis, triplico la suma.

MERIADEC. (*Dándole la mano.*) Está apostado. Ea, ¿hay alguna de vosotras que quiera ir á la Abadía este noche?

MONCTONN. A la que me haga ganar la apuesta, le cedo las dos terceras partes.

VARIAS PESCADORAS. ¡Tres mil francos golosos son!

ALICIA. (*Aparte reflexionando.*) Justamente lo que mi padre exige de Nicolás!

PRUDENCIO. Parece que se han vuelto mudas.

ÁLICIA. (*Reflexionando.*) Con ese dinero, mañana pudiera ser suya y no pensaria ya en ausentarse.

MERIADEC. (*A Monctonn.*) Ya veis, amigo mio, que esta vez no sois tan feliz como las pasadas.

MONCTONN. ¿Quién sabe...? (*Fijando la vista en Alicia.*) Alicia me parece que está echando cuentas....

TODOS. ¡Alicia! ¡Quia!

ALICIA. (*Con entereza.*) Señores yo acepto.

MONCTONN. Y haceis bien, porque ganais un dote, hija mia.... ¿Con que, señor Meriadec...?

MERIADEC. Señor capitan, todavia no ha ido ni vuelto.

ALICIA. (*Con firmeza.*) Iré, señor corregidor.

PRUDENCIO. Esta chica habia nacido para carabinero de costas.

MONCTONN. (*Dirigiéndose á los circunstantes.*) Ea, no se hable de esto una palabra mas; para que nadie pueda retraerla de su propósito, ni obligarla á ir á la fuerza. Ya habeis visto que he apostado de buena fé.

TODOS. Sí, sí.

MONCTONN. Ahora que vienen los bailarines, principie la funcion.

TODOS. Eso es, á bailar, á bailar.

## ESCENA XI.

NICOLAS, GERVASIO, *un* CRIADO, BAILARINES.—DICHOS.

(*Varios bailarines se dejan ver en la colina y bajan al son de una música alegre: Nicolás los sigue. Al mismo tiempo y por el otro lado sale un criado con un canastillo que presenta á Meriadec.—Va anocheciendo.*)

MERIADEC. (*Destapando el canastillo.*) Vamos, niñas; ya sabeis que en estos casos la costumbre es que cada una de vosotras elija una cinta de estas para adornar con ella el sombrero de su amante.

(*Mientras las jóvenes se aproximan al canastillo y escogen cintas, Gervasio vuelve á presentarse en escena, se sienta cerca de Beltran, y le echa de beber con intencion manifiesta.*)

ALICIA. (*Tomando á su vez una cinta verde, que ata al sombrero de Nicolás.*) Para tí, Nicolás mio, esta prenda de mi amor y de mi constancia.... (*Aparte y sin que nadie la observe.*) Mañana al amanecer ven y te anunciaré una buena noticia.

NICOLAS. ¿Qué quieres decir?

(*Alicia le hace señas de que calle: él obedece. Lo interior del soportal se ilumina, y los músicos preludian una contradanza.*)

TODOS. ¡Al baile, al baile!

MONCTONN. (*Aparte á Alicia.*) No desmayar, no perder ánimo. (*Alicia le hace señas de que está resuelta. Mientras Monctonn se dirije con todos los circunstantes al soportal, se ve á Nicolás alejarse por la colina mas arriba de la posada, y á Santiago que sale de esta y se oculta bajo el cobertizo. Leve principio de tempestad.*)

ALICIA. La noche es oscura, voy al punto á tomar el manto y á ejecutar lo que he prometido. (*Entra en la posada.*)

## ESCENA XII.

ALICIA *en el proscenio.* SANTIAGO *oculto.*

SANTIAGO. (*Saliendo del cobertizo.*) ¡Infame Beltran! no hay duda, me ha conocido.... todo debo temerlo de él.... Afortunadamente Gervasio me ha revelado sus planes y estoy en el caso de desconcertarlos.... (*Despues de un corto silencio y mirando al horizonte donde aparecen algunos relámpagos.*) Él es hombre de ir solo á espiarnos, apesar de la tempestad que se prepara. Él cuenta hallarme en la Abadía; pues bien, allá voy á esperarle, y desgraciado de él si le encuentro!

(*Se dirije al fondo y desaparece detras de las rocas. Una música alegre y grandes carcajadas se dejan oir en el soportal; mientras tanto Alicia con manto negro, sale con precaucion de la posada.*)

ALICIA. Mi padre ha ido sin duda á ver el baile; aprovechémonos de su ausencia. Mañana seré esposa de Nicolás.

(*Se dirije á la colina, cuando va á subir la cuesta, un nuevo relámpago la espanta y la detiene; pero repuesta de su terror, continúa su marcha y desaparece.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Antiguo cementerio de la Abadía de Penmarch, cuyas góticas ruinas se ven á la izquierda del espectador. En segundo término ó segunda caja y cerca de una galería que desemboca en la escena, hay un sauce corpulento con un banco de piedra al pie. A la derecha, en primer término la puerta de una cerca baja y ruinosa, que se estiende diagonalmente hasta el quinto bastidor de la izquierda. En el mismo lado de la puerta y un poco mas allá, varios túmulos parte derribados y parte ocultos entre altas y espesas matas. En el fondo peñas y el mar.

## ESCENA PRIMERA.

*(Al levantarse el telon, la luna oculta entre espesas nubes, despide una claridad débil y lúgubre: el viento sopla con violencia y se oyen truenos lejanos.*

NICOLAS *solo, con una linterna sorda y saliendo con precaucion.*

Nadie parece, y eso que ya es la hora de la cita que me dió Santiago. Tal vez para no escitar sospechas habrá querido dejarse ver en el baile y por eso tarda.... esperemos. (*Deja la linterna; se quita la capa y el sombrero, los pone en el suelo y se sienta en el banco.*) ¡Alicia adorada! Por tí sola estoy aqui, dispuesto á ayudar á tu padre á ocultar las pruebas de su crímen.... ¡Mucho puede el cariño! La conducta de Santiago deberia alejarme de su hija; y sin embargo, á pesar mio, á pesar de la confesion del culpable que no me deja duda ni esperanza, se me figura que la quiero mas que nunca.... ¡Ya se ve, me parece tan digna de lásti-

ma...! Si la faltara mi amor, ¿qué seria de ella?... (*Breve pausa, durante la cual se levanta.*) Aunque no tengo gran confianza en el juramento de Santiago, me he decidido á dar este paso, que es espuesto en verdad, pero que tal vez aleje las sospechas y evite las desgracias que temo: un favor como el que voy á hacerle, me da ya el derecho de obtener la mano de su hija sin cumplir las condiciones que él antes me impuso, y estoy cada vez mas resuelto á marcharme de esta tierra en casándome con Alicia. (*Paseándose.*) Sí, estas reflexiones y este proyecto convienen con las palabras misteriosas que ella me dijo al darme la cita. Puede que Santiago, no sabiendo cual será su suerte, haya pensado en la de su hija y consienta por último en un casamiento que reconocerá preciso. Esperemos, pues, y.... (*En este momento se oye un tiro de pistola. Nicolás se sorprende y corre hácia la puerta que está á la derecha del espectador.*) ¡Cielos! un tiro, en este paraje y á estas horas! ¡Habrán seguido á Santiago! ¡Le habrán descubierto! (*Mientras duda si se dirijirá al sitio donde sonó el tiro, Santiago pasa corriendo por delante de él, con el cabello descompuesto y una pistola en la mano. Nicolás le conoce.*) ¡Qué veo! ¡es él! ¡qué semblante!

## ESCENA II.

SANTIAGO.—NICOLAS.

NICOLAS. (*Asiendo á Santiago del brazo.*) ¡Santiago! ¿Dónde vais? ¿por qué venis asi?

SANTIAGO. (*Reconociéndole.*) Ah! eres tú, Nicolás! ¿Estás seguro de que nos hallamos solos?

NICOLAS. Si; pero hablad; ese tiro ¿iba dirijido á vos? ¿está amenazada vuestra vida? ¡Oh! ¡hablad ya!

SANTIAGO. Tranquilízate; los aduaneros todavia no estan en campaña; y lo que es del gefe ya no hay que temer.

NICOLAS. ¿Qué quereis decir?

SANTIAGO. Que ese condenado Beltran no se aprovechará del triunfo de esta mañana.

NICOLAS. ¡Ah! no me atrevo á comprenderos.

SANTIAGO. Él voló mi buque; yo en desquite le he saltado á él la tapa de los sesos.

NICOLAS. ¡Un asesinato! ¡Infeliz! ¡Que habeis hecho!

SANTIAGO. Lo que exijian mi venganza y mi seguridad; me habia

conocido, y deseoso de sorprenderme con los mios, se habia adelantado solo, mandando á sus soldados hacer una batida nocturna por estas inmediaciones: seguro estoy de que en esta cartera que he tenido buen cuidado de quitarle.... (*Se acerca á la luz que está sobre el banco y registra con precipitacion los papeles de la cartera. Designando uno de ellos y sacándolo.*) Mira! ¿qué te decia yo? mira el parte.... ¡Oh! no me engañaba el corazon: ya puedo destruir la única prueba que existe contra mí!

NICOLAS. Pero la desaparicion de vuestra víctima, el efecto que va á producir este terrible acontecimiento, vuestra turbacion....

SANTIAGO. (*Tomando la linterna y quemando el papel que tiene en la mano.*) ¿Qué tengo ya que temer?

NICOLAS. (*Desesperado.*) ¡En mala hora acepté esta fatal entrevista!

SANTIAGO. ¡Cómo ha de ser! es una desgracia; pero la mano de Alicia....

NICOLAS. ¡Alicia! ah! bien haceis en recordarme que es hija vuestra y que su honor depende del vuestro, porque, ya se ve, si por su amor he prometido no descubrir una culpa que os conduciria á presidio, mejor callaré un crímen que os llevaria al cadalso; ¿no es esta la cuenta que echais?

SANTIAGO. ¡Al cadalso has dicho!

NICOLAS. ¡Alicia! Alicia mi esposa...! Ah! si.... ahora la mereceria mas por el sacrificio que voy á hacer por ella; pero ya renuncio á su mano, porque el no denunciaros es asociarme con vos. Desde ahora soy ya un miserable; y la mano de un angel, ni debe ni puede ser premio de un delito!

SANTIAGO. Eh! no tengas tantos escrúpulos de conciencia, porque en realidad eres enteramente estraño al lance que acaba de ocurrir.... Ademas, ¿quién podria acusarte sino yo...? ¿ó crées que los muertos resucitan para acudir á los tribunales?

NICOLAS. No; ya se que la muerte es muda: pero á veces tambien un cadáver abandonado en un camino puede acusar sin que hable. El menor incidente suele facilitar indicios del crímen, y una mancha de sangre basta para descubrir al asesino.

SANTIAGO. (*Con viveza y tomando la linterna para mirarse el vestido y las manos.*) ¡Sangre! no, no es posible, ni rastro. Gracias por la indicacion. Es preciso que ese cadáver desaparezca.... arrojándole allá desde las rocas al mar.... Ven á ayudarme.

NICOLAS. (*Horrorizado.*) ¡Qué decis! ¡prestar yo mis manos...!

SANTIAGO. ¿No tienes el mismo interés que yo en que no quede el menor vestigio...? Vamos, vamos, al avio, sígueme.

NICOLAS. ¡Seguirle! es verdad, es preciso.... soy su cómplice. (*Recoge la capa y la linterna, sigue á Santiago y se van por el camino de la derecha.*)

## ESCENA III.

ALICIA *sola, saliendo por el fondo.*

(*En el momento de llegar, un brillante relámpago ilumina la escena: se oye el estallido de un rayo, y el viento sopla con violencia.*)

ALICIA. (*Asustada.*) ¡Qué horrible noche! Verdaderamente soy una de las jóvenes mas animosas de Douarnenez; pero veinte veces me he detenido dudando si seguiria. Esa senda que corre á lo largo del mar es la mas corta; pero las hirvientes olas que venian á estrellarse á mis pies; los picos de las peñas á los que la oscuridad y mi imaginacion agitada prestaban sombras fantásticas, el rugido del huracan, y luego lo que cuentan de los contrabandistas que infestan la costa.... ¡Oh..! Lo confieso.... Un miedo he pasado.... Hasta me parece que sonó un tiro. Debió ser aprension mia. Aquí nada se mueve. Ya que por fin he llegado al término de mi espedicion, démonos prisa á cortar la rama que hay que llevar. (*Yendo á tientas hácia el sauce.*) Por este lado debe estar.... un banco.... este es.... (*Sube al banco y corta una rama con una podadera pequeña, ó navaja de gancho que saca del bolsillo.*) ¡Ay querido Nicolás! ¡cuál sera tu sorpresa y tu júbilo cuando dentro de pocas horas te diga: ya he ganado el dote que nos faltaba, y ahora puedo ser tuya! (*Al acabar de cortar la rama que ha caido en el suelo, salen Nicolas y Santiago trayendo el cuerpo de Beltran.*)

## ESCENA IV.

ALICIA. NICOLAS, SANTIAGO, BELTRAN *muerto.*

ALICIA. (*Reparando en ellos.*) Ah! Qué veo! (*Lanza un grito de espanto, y cae desmayada al pié del árbol con la podadera en la mano fuertemente asida.*)

SANTIAGO. (*Deteniéndose de repente.*) ¡Voto á Satanás, nos han sorprendido!

NICOLAS. En efecto, he oido un grito. (*Santiago saca el puñal y se dirige al sauce donde encuentra sin sentido á Alicia.*)

SANTIAGO. (*Viéndola, pero sin conocerla.*) ¡Una mujer! (*La ase de la mano en que aun conserva la podadera y se hiere levemente con ella en la palma.*) ¡Vive Dios que me he cortado con no sé qué. (*Le quita la podadera y la tira al suelo.*) Pues nadie la libra.

NICOLAS. *(A media voz, deteniéndole.)* ¡Quereis cometer otro asesinato!

SANTIAGO. (*Idem.*) Es preciso para asegurar la impunidad del primero.

NICOLAS. No, no lo cometereis. Ademas seria inutil, ¿no veis que del susto ha perdido el conocimiento? (*Maquinalmente se ha bajado hácia ella y levantándole la cabeza le mira el rostro.*) ¡Gran Dios! ¡Este rostro! ¡ Ah! no, es imposible.... (*Corre por la linterna que ha dejado junto al muerto, la aproxima al rostro de la jóven desmayada y la deja caer estupefacto.*) ¡Alicia!

SANTIAGO. ¡Alicia!! ella aqui.... sola.... á estas horas.... ¿Por qué casualidad ó con qué objeto?...

NICOLAS. Estraño mistiierio

SANTIAGO. Oh yo le descubriré pero escucha.... Sí, se oyen voces á lo lejos; son sin duda los aduaneros que vienen á reunirse con su gefe; pronto; manos á la obra, si queremos librarnos de ellos.

NICOLAS. Pero ¿y Alicia?

SANTIAGO. La verán y la llevarán á casa.... ea, viremos de bordo, vamos.

NICOLAS. ¡Oh! aunque me prendan; aunque lean en mi rostro todo lo que padezco por ella, yo volveré.

(*Ayuda á Santiago á coger el muerto: suben con él por la pared caida que hay en el fondo y desaparecen luego detrás de las rocas. Alicia vuelve en sí un momento antes.*)

## ESCENA V.

ALICIA, *sola, pálida, trémula y casi sin poder sostenerse.*

¿Dónde estoy?... ¿Ha sido un sueño?... No, ¡oh! no; ahí estaban.... los he visto.... eran dos.... dos hombres que lle-

vaban un cadáver.... ¿Quién es la víctima? ¿Quiénes son los asesinos?... Con mi turbacion y la oscuridad no pude conocerlos; pero me parece que oí decir al uno que se habia herido al cojerme de la mano! ¡Dios mio! vos que al salvar mi vida, sin duda habeis querido serviros de mí para que este crímen no quede impune, dadme los medios de conocer á los delincuentes: yo los denunciaré, yo los perseguiré, yo los acusaré, os lo juro.... (*Poniendo por casualidad la mano sobre el sombrero olvidado por Nicolás: Alzándole del suelo y como inspirada.*) ¡Ah! gracias; gracias, mi Dios, me habeis oido, os habeis dignado acceder á mi ruego.... ¡Desgraciados de los asesinos! por débil que sea este indicio, ya.... (*Se levanta y se dirije hácia el fondo.*) No puedo.... mis fuerzas están postradas.... ¡Ah! en esta galería.... si.... allí si vuelven podré esconderme hasta que amanezca. (*Se dirije penosamente hácia la galería y desaparece.*)

## ESCENA VI.

### PRUDENCIO, ADUANEROS.

(*Salen por el primer bastidor de la derecha. Prudencio deja que pasen algunos delante de él y queda en medio de todos.*)

**Prudencio.** ¡Con que vosotros decis que nada habeis visto! Pues yo tampoco. (*Aparte.*) Verdad es que temiendo ver algo, hace mas de una hora que cerre los ojos, guiándome por el tacto del codo del compañero. Es estraño que no hayamos podido dar con mi tio!... ¡Como no se lo haya tragado alguna fantasma! ¡Calle, estamos en el cementerio de la Abadía! Ese es el sauce adonde Alicia ha debido venir enteramente sola.... ¡Zapateta! ¡buenos hígados debe tener la muchacha! Las ruinas asi, ya se sabe que están plagadas de murciélagos, sapos, culebras.... habiendo tanto vicho, ¿qué falta hacíamos aqui nosotros? (*Interrumpiéndose de repente.*) ¡Eh! ¿Qué es eso?

**Un Aduanero.** Es el aire.

**Prudencio.** ¿El aire? No te ha cojido mal aire á ti. (*Se pone en escucha.*) El aire no pisa, bárbaro; y yo he oido, asi, como pasos por la yerba.... (*Aparte.*) Ay! ya me vuelve el miedo.... sin embargo, es preciso hacer corazon de tripas. (*A los aduaneros en voz baja.*) Compañeros, imitadme, escondámonos y que nadie chiste.

## ESCENA VII.

NICOLAS.—DICHOS *ocultos.*

NICOLAS. (*Volviendo por donde se fué y como buscando alguna cosa.*) ¡Fatal descuido! En vano lo he buscado ahí arriba: no puede menos sino que me lo dejára olvidado aquí.... Veré al mismo tiempo si Alicia.... (*Se encamina con precaucion al sauce.*)

PRUDENCIO. (*Aparte á su jente.*) Es uno solo y nosotros veinte; arrostremos el peligro.... (*Cerrando el paso.*) ¿Quién vá?...

NICOLAS. (*Retrocediendo y aparte.*) ¡Cielos! ¿nos habrán descubierto?

PRUDENCIO. ¿Quién vá y son dos: á la tercera descargo.

NICOLAS. (*Reconociéndolos.*) Los aduaneros.... Soy yo, señores, soy yo, Nicolás el pescador de la cabaña de ahí abajo, cerca de la playa.

PRUDENCIO. ¡Tóma! Si es Nicolás.

NICOLAS. Volviendo de la funcion, al pasar por estas ruinas, me senté á descansar en el banco del sauce; me marché, eché de menos el sombrero y volvia.... (*Pasa junto al banco y lo busca.*) ¡No parece!

PRUDENCIO. (*Aparte á sus compañeros.*) Ya lo comprendo. Sabia que su novia tenia que venir aqui; y la ha acompañado, ó ha venido en su lugar, y luego mañana pondrán en las nubes el valor de la jóven, y se embolsarán el dinero de la apuesta.... ¡Vaya una trampa!

NICOLAS. Vosotros que estábais aquí; ¿no habeis visto?

PRUDENCIO. (*Aparte.* ¡Si creerá este perillan que yo me la trago!) Lo que hemos hallado es que.... No digo mas.... Agradece que no te echemos el guante.

NICOLAS. (*Aparte.* Me hace temblar....) Sabed, señor Prudencio....

PRUDENCIO. Ya he dicho que no digo mas.... y es todo lo que hay que decir.... Solo añadiré que mañana veremos si debemos hablar ó cosernos la boca.... (*Aparte á los aduaneros.* ¡Con esto dejo atónito al amante pescador....) Ahora continuemos nuestra marcha; á ver si por fin hallamos á mi tio, aunque anden á vueltas con él mil diablos que le lleven.

(*Vanse por donde antes Santiago y Nicolás.*)

## ESCENA VIII.

NICOLAS *y despues* SANTIAGO.

NICOLAS. ¿Qué queria decir con lo de verémos mañana si debemos hablar? ¿Habrá visto á Alicia.... Sabrá el motivo de su venida á este sitio? ¿O acaso se realizan mis pensamientos y me sospechan ya cómplice en el odioso comercio de Santiago....? ¡Y si ahora llegára á descubrirse el asesinato de ese hombre..... ¡Oh! aunque soy inocente, ¡qué inquietud! qué angustia...! Y sin embargo, á no querer que ella muera tambien de sentimiento, ¿cómo habia ya de denunciar al padre de Alicia?

SANTIAGO. (*Saliendo precipitadamente por la derecha, despues de haber observado el terreno.*) ¿Pareció?

NICOLAS. No.

SANTIAGO. ¿Y mi hija?

NICOLAS. Ya no estaba aqui, y aun los aduaneros parecia que ignoraban....

SANTIAGO. ¡Los aduaneros!... ¿Te han visto?

NICOLAS. No pude evitarlo: estaban escondidos.

SANTIAGO... Carguen con ellos mil millones de diablos Aunque todo el infierno se hubiera desencadenado contra nosotros, no nos iria peor.

NICOLAS. ¡Dios mio! ¡Pues qué! ¿hay mas que temer?

SANTIAGO. ¡Eh! hay que por una combinacion mas hábil de lo que pudiera esperarse del idiota que manda á esos satélites de Satanás, se han dividido en dos cuerpos; hay, que ignorando yo esta maniobra, por poco no caigo en sus garras: hay, que su venida me quita toda esperanza de salvar los géneros que dejé en las rocas de Audierne; que las luces que he visto brillar en muchos puntos, me hacen temer que se haya resuelto dar esta noche una batida general.... En fin, hay que es preciso huir, porque aqui está pasando alguna cosa que ignoramos, que yo no puedo comprender, pero cuyo resultado no puede menos de sernos fatal.

NICOLAS. Teneis razon; no permanezcamos mas tiempo en este lugar maldito.... (*Dirijiéndose hácia el fondo.*) ¡Jesus! por este lado la retirada es imposible.... Mirad si por este.... (*Se dirije rápidamente hácia la derecha.*)

SANTIAGO. (*Deteniéndole...*) Eh por ahí sería peor; pero en las rui

nas.... al estremo de esa galería, hay una salida secreta, conocida solo de mí....

NICOLAS. ¡Nos hemos perdido!

SANTIAGO. (*Llevándole tras sí á la galería.*) ¡Al contrario! nos hemos salvado. (*Entranse.*)

## ESCENA IX.

MERIADEC, MONCTONN, PESCADORES, *uno de ellos con una hacha de viento.*

MERIADEC. Aqui es donde deben venir á encontrarnos Gervasio y los nuestros, despues de haber recorrido las inmediaciones.... Los esperaremos.

MONCTONN. (*Con muestras visibles de inquietud.*) ¿Y no suponeís que tenga alguna causa de fundamento la ausencia estraordinaria de esa jóven?

MERIADEC. Como os díje antes, crei que asustada por la tempestad, se habria vuelto ó refugiado en la cabaña de su novio; ya visteis que antes de ponernos en marcha pasamos por casa de Santiago y la hallamos desierta, y la visita que acabamos de hacer en la habitacion de Nicolás, no ha sido mas feliz.... Yo no sé que pensar.

MONCTONN. ¡Ah! no podeis figuraros qué inquieto estoy y lo que me arrepiento de haber hecho esa maldita apuesta.... Pero...., en efecto.... si no estamos muy lejos del sauce, podríamos asegurarnos....

MERIADEC. (*Señalándolo.*) Nada mas fácil.... Miradle ahí.

MONCTONN. (*Examinando el árbol al resplandor del hacha de viento.*) No me engaño, esta cortadura, que aun destila savia.... (*Recogiendo la rama que se cayó á Alicia.*) Mirad, mirad una rama cortada.... una podadera.... No hay duda, Alicia ha venido.... Preciso que alguna desgracia ó una circunstancia.... rarísima....

## ESCENA X.

GERVASIO, *delante de varios* PESCADORES *con hachas de viento, despues* PRUDENCIO *y los* ADUANEROS.—DICHOS.

MONCTONN. (*A Gervasio.*) ¡Y bien! ¿qué habeis descubierto?

GERVASIO. Nada absolutamente, en todos los parajes que hemos vi-

sitado, reina el mayor sosiego... Mirad, aqui viene la brigada de los aduaneros, cuyo gefe nos dirá....

PRUDENCIO. (*Precediendo á los aduaneros.*) ¡Por aquí! por aquí.... ¡Ah! justamente tenemos ahí al señor correjidor.

MERIADEC. ¿Qué teneis..,? Esa agitacion....

PRUDENCIO. El caso no es para menos... ¡Cuando yo decia que este era un sitio diabólico! Figuraos que desde lejos acabo de ver sacar del agua un cadáver metido entre unas peñas.

MONCTONN. (*Con viveza.*) Ah! esa desgraciada jóven...!

PRUDENCIO. ¡Una jóven! no, no me ha parecido bulto de hembra.

(*En este momento salen los aduaneros llevando el cuerpo de Beltran, que dejan en tierra. Todos le rodean con temerosa curiosidad.*)

MERIADEC. (*Que al resplandor de las luces ha reconocido el cadáver.*) ¡Cielos! ¡Beltran!

PRUDENCIO. ¡Mi tio!

GERVASIO. (*Aparte.* ¡Beltran asesinado! Santiago no debe estar lejos.)

(*En este momento se oyen gritos de «¡socorro! ¡socorro!»*)

MERIADEC y MONCTONN. ¿Qué gritos son estos?

## ESCENA XI.

### LOS MISMOS, ALICIA.

ALICIA. (*Asustada y saliendo de la galeria.*) ¡Salvadme, salvadme!

MONCTONN. ¡Alicia! ¿Qué os asusta?

MERIADEC. ¡Volved en vos hija!

MONCTONN. Somos vuestros amigos.

ALICIA. ¡Aquí es donde han cometido el crímen!

MERIADEC. ¡Gran Dios! ¿habreis sido testigo...?

ALICIA. Si;... los he visto llevar un cadaver; despues me he escondido.... allí, en esa galeria, donde ahora misma creo que me perseguian, porque me vieron y.... sabian que tenia una prueba contra ellos...

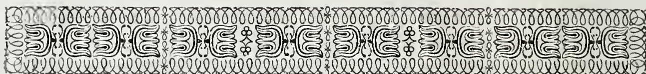
TODOS. (*Con sorpresa y curiosidad.*) ¡Una prueba!

ALICIA. (*Sacando de debajo del manto el sombrero.*) Mirad este sombrero es de uno de los asesinos. (*Todos acuden á ver el sombrero, del cual se ha apoderado Meriadec; Alicia lo mira tambien y al reconocerlo esclama horrorizada.*) ¡Cielos! ¡ese lazo! ¡Nicolás! ¡Ah! (*Cae desmayada. Mientras la socorren, Gervasio obedeciendo á una intimacion de Meriadec pasa delante para guiar á los aduaneros, los cua-*

*les se lanzan en la galeria. Prudencio y los pescadores no se atreven á seguirlos.*

PRUDENCIO. (*Que se ha quedado á la entrada.*) ¡Eso es! Andad, hijos, buscad á los matadores de mi tio, buscadlos, y si dais con ellos, no haya cuartel.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



# ACTO TERCERO.

Salon de la casa de Meriadec. A cada lado de la escena y en los primeros bastidores, una puerta de un cuarto. En el tercer bastidor á la derecha una puerta vidriera adornada de cortinas, correspondiente á un balcon que se supone caer encima de las rocas. En el fondo una puerta de dos hojas que da á un ancho corredor. Una mesa con tapete y sillas.—Son las tres de la mañana.

## ESCENA PRIMERA.

GERVASIO, *dos* CRIADOS *con luces.*

GERVASIO. Poned ahí las luces, colocad en su puesto las sillas: la mesa aqui en este sitio. (*Dejando sobre la mesa papeles y un tintero que trae.*) Como esta sala es bastante capaz y pueden caber en ella los curiosos que abandonen la funcion por ver en qué para el terrible acontecimiento que nos tendrá en vela toda la noche; aquí es donde el señor corregidor quiere hacer el primer interrogatorio al preso. (*Los criados, que han acabado su hacienda, se retiran; Gervasio continua hablando para sí.*) ¡Nicolás acusado de haber muerto á Beltran! Aquí hallo yo un misterio que de seguro solo Santiago puede esplicármelo.... un hombre de toda mi confianza ha ido á decirle de mi parte que venga.... ¡Dios quiera que llegue á tiempo de enterarle de los sucesos y enseñarle lo que ha de decir!

## ESCENA II.

PRUDENCIO, *que sale gimoteando.*—GERVASIO.

GERVASIO. ¡Querido Prudencio! creed, amigo mio, que participo mucho del sentimiento que la desgracia....

PRUDENCIO. Gracias, señor Gervasio, gracias por el interés....

GERVASIO. Amigo, no puede uno menos. ¡Un hombre á quien todo el pais debe estar tan agradecido! (*Aparte.* Reniego de su alma...!) Un hombre que por su valor y sagacidad infaliblemente nos hubiera librado de esos bandidos, de esos malvados contrabandistas.... Pero ya se hará justicia seca con los pillos que urdieron la trama de que fue víctima. Y en cuanto al pájaro que cayó en nuestro poder, no tengais cuidado; yo os prometo que apesar de su traza y reputacion de hombre honrado, si no nos prueba tan claro como la luz del dia, que es mas inocente que Abel, trabajo le mando para salir de la cárcel.

PRUDENCIO. Gracias, señor Gervasio. Lo que me decis me consuela, aunque bien sé que el suplicio de un bribon no me ha de volver al hermano de mi madre.... (*Enterneciéndose de nuevo.*) Pero al menos sus manes serán vengados, y me parece que entonces mi sentimiento será menos profundo.... ¡ Le queria tanto!... ¡Pobre tio Beltran! (*Llora.*)

GERVASIO. ¿Sois su heredero?

PRUDENCIO. Unico y solo. (*Llorando con mas fuerza.*)

GERVASIO. El no debia estar muy acomodado.

PRUDENCIO. (*Cambiando de tono.*) ¡Al contrario! Amen del sueldo de su destino, tenia de mil ochocientas á mil novecientas libras de renta.... y acaso mas. ¡En su vida desperdició un cuarto! ¡Pobre tio mio! ¡Lo que he perdido perdiéndole! Todo lo que él ganaba. Ya vereis qué entierro le dispongo.

GERVASIO. Eso es muy laudable.

PRUDENCIO. No le haré ciertamente el agravio de continuar en la innoble profesion que ejerzo.... ademas de que me recordaria su desastroso fin.... Ya he remitido mi dimision.... pero mientras aquí me contristo y me atribulo, se me olvidaba que venia á preguntaros de parte del señor Meriadec si está corriente la pieza donde se ha de encerrar al culpable.

GERVASIO. (*Señalando al cuarto de la izquierda.* Esa es; dá al jardin y no tiene mas que una ventana con reja.

PRUDENCIO. (*Señalando la puerta de la derecha.*) ¿Y esa puerta?

GERVASIO. Es de una escalera que corresponde al portal. La llave la tiene el señor Meriadec.

PRUDENCIO. No le hace; para mayor precaucion voy á poner en ella un centinela, lo mismo que en esta. (*Señalando la del fondo.*) La sangre de mi tio ha de ser vengada. (*Echando á llorar.*) ¡Pobre tio Beltran!...

GERVASIO. Vaya; tratad de haceros superior....

PRUDENCIO. (*Tomándole la mano.*) Gracias, gracias por vuestros sanos consejos, señor Gervasio: con el tiempo tal vez.... pero ahora me será muy dificil. ¡Le queria tanto á mi tio!

(*Vase llorando y tropieza con Santiago que en este momento sale por la puerta del fondo.*)

PRUDENCIO. (*Deteniéndose entonces y dirijiéndose á Gervasio.*) ¿A qué viene aqui este pescador?

GERVASIO. Nada tiene de estraño; la inquietud en que ha debido estar por su hija.... Sin duda vendrá á preguntarme....

PRUDENCIO. Es verdad. (*Vase.*)

## ESCENA III.

SANTIAGO.—GERVASIO.

GERVASIO. Gracias á Dios que has venido: has de saber.... para tu gobierno.... (*Mira alrededor de sí.*)

SANTIAGO. (*Con impaciencia.*) Al caso, al caso; ¿no ves, ave de mal agüero, que llamarme á este sitio es como guiarme á un escollo donde corro peligro de naufragar? Cuando el tiempo está nublado y con brios de borrasca, la salvacion solo está en alta mar, no en la costa. Conque veamos, suelta las velas.... ¿de qué se trata?

GERVASIO. Nicolás está preso.

SANTIAGO. Ya me lo han dicho; ¿qué mas?

GERVASIO. ¿Sabes que se le acusa del asesinato de Beltran?

SANTIAGO. ¡Oiga!... Pero bien; si el pobre diablo paga por nosotros dos; ¿qué tengo que temer?

GERVASIO. ¿Qué tienes que temer? Que te acuse.

SANTIAGO. ¡Bah! Eso no le salvaria, y él quiere mucho á mi hija para....

GERVASIO. ¿Y si tu hija te denuncia....

SANTIAGO. ¿Alicia? ¿Pero me ha conocido á mi tambien?

GERVASIO. No ha conocido á ninguno; pero ha presentado una prenda que se encontró en el mismo sitio del crímen, el sombrero de ese torpe á quien elejiste por compañero.

SANTIAGO. ¡Eh! La casualidad me hizo echar mano de él: para tan poca cosa no necesitaba yo á nadie; pero ¿por qué acontecimiento...?

GERVASIO. ¡Una fatalidad! La chica iba á cortar una rama del sauce

de la Abadía, para ganar 3000 francos que habian apostado el señor Meriadec y un rico inglés llamado Monctonn.

SANTIAGO. ¡Monctonn! ¿Un capitan de navío? ¿Está aquí?

GERVASIO. Si que está; y tú debes haberle visto, porque diversas veces....

SANTIAGO. *(Con furor concentrado.)* ¡Verle! Bien lejos de verle, he huido de su presencia.... ¡Monctonn!

GERVASIO. ¡Es particular! No parece sinoque ese nombre te suscita desagradables recuerdos.... ¿Acaso?...

SANTIAGO. Basta.... A mí no se me hace hablar de lo que no me acomoda. Tú ya debes saberlo. Vamos: ¿tienes algo mas que decirme?... Si no....

GERVASIO. Aguarda, hombre, aguarda.... Antes de ir en busca de Alicia, llamaron en tu casa y vieron que no estabas. Es preciso motivar esta ausencia.

SANTIAGO. Bueno: ¿hay mas?

GERVASIO. Si que hay: tus relaciones con Nicolás, su amor á tu hija y las dudas que produce su buena opinion, casi obligan á suponer que haya sido seducido por otro y....

SANTIAGO. Y qué? larga ya todo el cable, majadero: ¡ahora te detienes á cada braza!

GERVASIO. Pues bien, yo he pensado que para que las sospechas no recaigan en tí, debes valerte de tu descaro; tu presencia estará aquí bastante motivada por la de tu hija, á quien han traido medio desmayada. Es preciso que tu despejo y serenidad engañen á todos é intimiden á Nicolás, á quien espero tambien suministrar un medio de defensa: en fin, para hablar á tu modo, si ahora que estás advertido manejas bien el timon, todo será un ventarron pasajero, que no le hará perder ni una tabla á tu barco.

SANTIAGO. Si, si, no está mal combinado; ya veo que el miedo de comprometerte te ha aguzado el ingenio: tranquilízate, que yo no soy hombre que me comprometo á mi ni á nadie. Pero cuenta con no venderme pues como pintara mal para mí este negocio, aunque te escondieras luego en el vientre de una ballena, allí habia de ir á buscarte el bulto.

GERVASIO. ¿Cómo? ¿Puedes creer? *(Aparte.)* Y el tal corsario antiguo lo haria como lo dice.... ¡Buen compañero me habia yo echado! *(Se dirije hácia la mesa, toma una pluma y escribe un papel, que dobla en seguida y le conserva oculto en la mano.)*

SANTIAGO. *(Aparte.)* ¿Me dejaré ver de Monctonn? Nuestro encuen-

tro en esta ocasion ¿puede serme útil ó peligroso? ¡Bah! dejemos bajar la sonda, y estemos prontos á maniobrar segun el viento y las circunstancias.

(*En este momento aparece Nicolás escoltado por cuatro aduaneros á las órdenes de Prudencio.*)

## ESCENA IV.

NICOLAS, PRUDENCIO, ADUANEROS. — DICHOS.

PRUDENCIO. El señor Meriadec va á venir al momento. Señor Gervasio, ya sabeis lo que hay que hacer con el preso.

(*Gervasio abre la puerta del cuarto de la izquierda: entre tanto se va Prudencio, dejando dos centinelas en el corredor del fondo.*)

NICOLAS. (*Saliendo súbitamente de la distraccion en que parecia sumido.*) ¡Ah! ¿Sois vos, Santiago? Ya veis que mis presentimientos no me han engañado.

GERVASIO. Silencio: os espian.

SANTIAGO. Sin embargo desearia....

NICOLAS. (*En voz baja y como conociendo su intencion.*) ¡Oh! no temais.... Os prometo no olvidar que Alicia os debe la vida.

GERVASIO. (*Conduciéndole al cuarto.*) Leed ese papel y haced uso de las instrucciones que contiene.

NICOLAS. (*Tomando el papel.*) ¿Qué interés...?

GERVASIO. (*Con precaucion.*) Santiago es amigo mio y lo sé todo.

(*Nicolas entra en el cuarto; Gervasio cierra la puerta. En este momento aparecen Meriadec y Monctonn seguidos de Tomás y gran número de vecinos, y precedidos de Prudencio y aduaneros.*)

## ESCENA V.

GERVASIO, SANTIAGO, MERIADEC, MONCTONN, PRUDENCIO, PESCADORES Y VECINOS.

GERVASIO. (*Aparte, mientras Meriadec y Monctonn se sientan.*) Posible es que Santiago tenga confianza en la promesa de ese muchacho; pero por interés de nuestra causa, yo hallaré, si es preciso, un medio de asegurar mejor su silencio. (*Se sienta junto á la mesa; entonces Tomás y otros pescadores*

*vienen á una seña de Gervasio, á colocarse junto á él sin afectacion.)*

SANTIAGO. (*Que se ha colocado hácia el primer bastidor de la derecha, dice aparte contemplando á Monctonn con atencion.*) ¡Monctonn! ¡Oh! no hay duda, esas arrugas de la frente y esos ojos hundidos muestran que ha padecido tanto como yo queria. ¿Por qué será que á su vista esperimento mas bien compasion que despecho? Sin embargo, mi odio hácia él no se ha estinguido todavia.

MERIADEC. Respondedme, Santiago, ¿teneis noticia de la triste necesidad que nos ha obligado á interrumpir las funciones?

SANTIAGO. La he sabido señor corregidor.

MERIADEC. ¿Habeis sabido tambien que vuestra hija debia ir esta noche á la Abadía?

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Hum...! va á caer en el lazo.

SANTIAGO. (*Reprimiendo un primer impulso.*) Si señor.

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Ah! Torpe!

MERIADEC. ¿Por quién lo supísteis?

SANTIAGO. No podré decirlo fijamente: lo oí á unos cuantos que hablaban de ello sentados á una mesa y bebiendo.

MERIADEC. (*Con intencion.*) ¿Y cerrásteis vuestra casa y os acostásteis? ¿Cómo pudísteis dormir durante su ausencia?

SANTIAGO. ¡Oh! no señor, no me acosté, fuí á salir al encuentro á mi hija.

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Qué no pudiera sugetarle la lengua!

MERIADEC. ¿Luego fuísteis á la Abadía?

GERVASIO. (*Aparte.*) ¿Cómo se disculpará?

SANTIAGO. ¡Ojalá! pues acaso mi presencia habria sido útil al infeliz que ya no existe. Vereis lo que sucedió, señor corregidor: yo volví de la pesca, molido y disgustado.... como le sucede á uno cuando pierde el dia: para distraerme, y recobrar de camino las fuerzas, eché un trago mas de lo regular; y sea por la mala disposicion en que me hallaba ó por la cantidad de líquido que me eché al coleto, mi cabeza, no puedo negarlo, no estaba muy firme. Asi fué que en vez de tomar el camino de la Abadía, me hallé al cabo de dos horas largas de marcha, tendido sobre la yerba en el camino de Puente-el-Abad.

MERIADEC. Pero ¿qué prueba...?

SANTIAGO. Señor, mi vecino Tomas puede atestiguarlo, porque él fué quien me despertó.

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Magnífico! Olió el poste.

MERIADEC. ¿Está ahí Tomás? Veamos si apoya su dicho.

TOMAS. (*Adelantándose.*) Si, si, señor corregidor. Verdad es, y en prueba de ello que le trage yo á su casa, y luego que le degé, al pasar por el baile, supe la noticia.

MERIADEC. (*Despues de haber hablado en voz baja con Monclonn.*) Que venga Alicia. (*Vase Prudencio.*)

SANTIAGO. (*Aparte.*) ¡Buena ráfaga he sufrido; pero no me ha hecho zozobrar.

## ESCENA VI.

ALICIA *descolorida y llorosa*, PRUDENCIO.—DICHOS.

ALICIA. (*Corriendo á echarse en brazos de Santiago.*) ¡Padre!

SANTIAGO. (*Se enternece un momento: despues mientras Alicia pasa á sentarse invitada por Meriadec, dice aparte.*) ¡Estoy loco! ¡Me voy á enternecer en este momento, cuando necesito toda mi presencia de espíritu!

MERIADEC. (*A Alicia, demostrando el mayor interés.*) Sosegaos hija mia y recorred con calma vuestra memoria para que firmeis la declaracion que habeis hecho, ó la rectifiqueis en caso de que contenga algun error (*Le da un papel: ella le lee con visible emocion.*) Lo que estais leyendo ¿es la espresion de la verdad?

ALICIA. Si señor, todo es exacto.

MERIADEC. (*Mandándole firmar el papel, que recoge; y enseñándole el sombrero de Nicolas.*) ¿Es este sombrero el mismo que hallásteis en el cementerio de la Abadia?

ALICIA. (*Sollozando.*) Si, si señor.... es el mismo.... ¡Oh! pero eso no prueba que el pobre Nicolás haya cometido ese crímen. (*Dirigiéndose á los circunstantes.*)—¿No es verdad, amigos, que vosotros no le creeis culpable...? (*A Meriadec.*) Ni vos tampoco, señor corregidor; ¿no es asi?

MERIADEC. Confieso que no acierto á esplicar como ese jóven que ha observado hasta ahora una conducta irreprensible, ha podido desdecir de la educacion que ha recibido, cometiendo un infame asesinato; con todo, graves indicios hay contra él.... Emplead, hija mia, si es necesario, el imperio que egerceis en su ánimo para decidirle á defenderse y á ilustrar en su fallo á la justicia.... En este caso, cumplireis un encargo noble y sagrado, porque vuestro amor es tal vez el que ha de perderle ó salvarle.

SANTIAGO. (*Aparte.*) Santiago, mantente á la capa; no te fies de la corriente.

## ESCENA VII.

NICOLAS.—DICHOS.

(*Meriadec hace una seña á Prudencio: este abre el gabinete de la derecha, y sale Nicolás.*)

MERIADEC. (*Luego que ha cesado el vario murmullo que escita la presencia del preso.*) Nicolás: esta noche se ha cometido un asesinato en las ruinas de la Abadía de Penmarch; pero por un milagro de la Providencia, el mar que debia hacer que desapareciese hasta el menor indicio del crímen, no ha querido recibir en su seno el cadáver que le arrojaron los asesinos. El cadáver fué recogido, fué conocido y es el del gefe de las aduaneros: el desgraciado á quien la vindicta pública acusa como autor del crímen sois vos.

NICOLAS. (*Horrorizado.*) ¡Yo! Ah! Pongo al cielo por testigo, señor corregidor, de que soy inocente.

MERIADEC. Probadlo y nadie se alegrará de ello tanto como yo.... (*Pausa corta.*) ¿Qué hicisteis anoche hasta que os arrestaron. ¿Estuvísteis en el baile? ¿Entrásteis en casa de Santiago?.... Nadie os ha visto en una parte ni en otra.... ¿Dónde estabais? Decidlo... Este jóven (*Señalando á Prudencio.*) os encontró en el cementerio de la Abadía: le dijísteis que al volver de la fiesta os habíais sentado á descansar al pie del sauce y que os habíais dejado allí olvidado el sombrero: de vuestra relacion esto solo es verdad (*Mostrándole el sombrero.*) porque el sombrero pareció; mas pareció en un sitio donde un testigo intachable vió transportar la víctima hasta lo alto del cerro; y este testigo, que ciertamente no puede seros sospechoso, es Alicia, que ha estado espuesta á pagar con la vida la fatal casualidad que la condujo donde os hallábais.

(*Nicolás guarda silencio por un instante, manifestando en su rostro su irresolucion. Alicia da muestras de grande ansiedad.*)

NICOLAS. (*Con firmeza.*) Señor corregidor, yo no sé de mundo, ni entiendo de leyes; pero tengo bastante penetracion para comprender cuan fácilmente destruiria los indicios que hay contra mi, si dijera que me hallé en el sitio del crímen por cuidar de esta jóven cuya determinacion de ir á la Abadia podia constarme. Sin embargo yo no recurriré á tal arbitrio.

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Qué necio!

NICOLAS. Tantos indicios me acusan, que presumo que aun cuando lográra ser absuelto, seria tal vez á costa de mi honor. Pues bien, por no vivir despreciado y envilecido; para escusar á mis jueces remordimientos y abreviar esta controversia, quiero confesar.... (*Momentos de sorpresa general.*) no que yo haya muerto al desgraciado Beltran, sino que una fatalidad cruel, una casualidad horrible me hizo encontrar con el asesino en el instante en que acababa de espirar la víctima. Hecha esta declaracion que mi conciencia me dicta, y que juro ante Dios ser verdadera, decidid mi suerte: nada mas sabreis ya de mí.

MERIADEC. (*Con intencion.*) ¡Cómo! ¿habiendo sido cómplice forzoso, os negais á nombrar el verdadero culpable?... ¿Habeis reflexionado que vuestro silencio puede hacer que recaigan las sospechas sobre las personas con quienes teneis mas íntimas relaciones, y que entonces...?

NICOLAS. (*Con viveza, y despues de haber reflexionado.*) ¡Oh! Con el viento de Oeste que hace y una buena barca, la persona cuyo nombre callo, debe estar á estas horas bien lejos de aquí.

SANTIAGO. (*Aparte.*) Me cumple la palabra; respiro por fin.

ALICIA. Nicolás, yo te he escuchado en silencio; y para que mi dolor no turbase tu ánimo, he procurado ocultarte mis lágrimas; pero ha sido por creer que la memoria de tu padre y la mia te moverian á defenderte.... Pero qué! ¿te confesarás reo de complicidad solo porque has tropezado con el asesino? ¿No ves que la complicidad no existe sino en tu negativa de denunciar al delincuente? ¿Qué le debes tú? ¿qué obligaciones, qué afectos te unen á él para decidirte á un sacrificio tan grande?... (*Despues de haberle mirado á las manos sin que nadie lo note.*) ¡Oh! yo estoy bien segura de tu inocencia; pero no es á tu prometida á quien tienes que convencer, es á tus jueces, á tus amigos, á tus paisanos, al mundo, Nicolás, al mundo, que no creerá que te sacrificas por el culpable, sino que lo eres tú, y te maldecirá; y te insultará hasta el momento del suplicio.... (*Con mas sentimiento.*) Y por mí, por mí que te quiero tanto, por mí que te ruego de rodillas, no confesarás la verdad? ¡Oh! sí. Tú no querrás reducirme á la desesperacion; no querrás que muera de vergüenza de haberte amado, porque tu deshonra.... ¡oh! tu deshonra me mataria ....

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Hum! Tarde ó temprano hablará.

ALICIA. (*Levantándose y dirijiéndose á Santiago.*) Padre mio! por el cariño que me teneis, por mi dicha, por el reposo de mi vida entera, unid á mis instancias las vuestras para que salve su vida, para que descubra ese espantoso secreto. (*Cógele á su padre las manos y le lleva hácia Nicolás: de repente se detiene, reconoce la leve cortadura de la podadera, y dice con voz sorda, retrocediendo espantada:*) Ese secreto.... ¡Ah! desdichada!... no lo revelará.

MERIADEC. (*Levantándose y dirijiéndose á Nicolás.*) Basta; puesto que de nada han servido mis instancias ni las súplicas de esta jóven, y os obstinais en guardar un silencio que os ha de perder infaliblemente, otros jueces mas ilustrados y sobre todo mas competentes, aclararán este misterio. Luego que amanezca, sereis conducido á Brest; mientras tanto, (*Señalando el cuarto de la izquierda.*) ese aposento os servirá de prision.... Gervasio, cuidad de que nadie hable con el preso.

GERVASIO. (*Aparte á Tomás despues de haber encerrado á Nicolás.*) Para que no comprometa á Santiago con alguna declaracion cuando reflexione sobre el peligro de su vida, yo le decidiré á que huya por ahí. (*Señalando al balcon.*) Escóndete entre las peñas que hay frente al balcon, y cuando le veas descolgarse....

TOMAS. Ya entiendo.... cuenta conmigo.

(*Durante este coloquio Meriadec y Monctonn han hablado en secreto, mirando varias veces á Santiago como si tratasen de él. A Monctonn parece que le ocurre de pronto una idea al ver á Alicia detener á su padre que iba á retirarse con todos y decirle por señas que tiene que hablarle.*)

MERIADEC. (*A Prudencio y Gervasio.*) Seguidme, señores.

GERVASIO. (*Aparte.*) Volveré luego.

(*Vanse todos escepto Santiago y Alicia. En el fondo, cuya puerta se cierra luego que se han marchado todos, se ven dos centinelas.*)

## ESCENA VIII.

SANTIAGO. ALICIA.

SANTIAGO. ¿Por qué me detienes?

ALICIA. ¿Por qué? ¿No habeis oido que antes de una hora van á conducir á Nicolás á la cárcel de Brest?... ¿Por qué os detengo...? Porque quiero que vengais conmigo á suplicar al señor

Meriadec.... *(Da algunos pasos y de repente se detiene.)* ¡Ah! no; es imposible!... (*Reflexiona un instante y dice con desesperacion:*) ¿Por qué? porque quiero que rompamos esa puerta; que me ayudais á proporcionarle la fuga.... Vos, que no habeis desplegado los labios en su favor, cuando él llevaba el heroismo hasta el punto de perderse por....

SANTIAGO. (*Interrumpiéndola.*) ¿Puedo yo oponerme á que la justicia...?

ALICIA. La justicia os manda salvarle. Vos sabeis mejor que nadie, que es inocente.

SANTIAGO. ¡Hija mia...!

ALICIA. Ah! no invoqueis ese título sagrado.... Yo estoy loca, delirante, y no es vuestra voz la que quiero escuchar en este momento; es la de mi conciencia, que me manda hacer por él lo que él ha hecho por vos, que me ordena salvarle....

SANTIAGO. (*Furioso y agrrándola por el brazo.*) ¡Imprudente! ¿y qué prueba....?

ALICIA. (*Desesperada.*) ¿Qué prueba?... Esa cortadura casi imperceptible... (*Con mas fuerza para contener á Santiago, cuyo furor va en aumento.*) Ah! no os atrevereis á darme la muerte.

SANTIAGO. *(Fuera de sí.)* ¡Habla bajo, infeliz...! ¿Sabes que pueden oirnos y que una sola palabra...?

ALICIA. Yo solo sé, que entre dos obligaciones crueles, cedo al esceso de mi dolor y entre dos hombres que Dios me manda amar, todo mi afecto se inclina á aquel de quien no tengo que avergonzarme. Esto es horrible, sí; pero es mas horrible saber una que su padre es un asesino.

SANTIAGO. (*En voz baja y despues de haber examinado si estan solos.*) Pues bien sí, yo soy quien ha muerto á Beltran, para que no me perdiese. ¿Harás tu ahora por amor lo que él queria hacer por venganza? ¿condenarás á tu padre....

MONCTONN. (*Saliendo de repente del gabinete que está á la derecha del espectador.*) ¿Al cadalso? No; no será ella, sino yo.

## ESCENA IX.

MONCTONN.— DICHOS.

SANTIAGO. ¡Monctonn!

MONCTONN. Monctonn te ha oido, amigo Santiago.

SANTIAGO. ¡Y estoy sin armas!

MONCTONN. *(Sacando dos pistolas de los bolsillos.)* Por fortuna las tengo yo.

ALICIA. *(Saliendo de la especie de estupor en que la habia dejado la repentina aparicion de Monctonn.)* ¡Gran Dios! Pero yo soy quien le ha obligado á confesar su crímen.... yo soy quien le pierde.... *(A Monctonn.)* ¡Oh! no; no abusareis de tan cruel circunstancia.... no querreis que una triste jóven tenga que acusarse de haber sido causa de la muerte deshonrosa de su padre.... no consentireis que yo espire de vergüenza y de remordimientos.... ¡Oh! decid; ¿verdad que no lo consentireis?

MONCTONN. Lo que yo no consentiré es que perezca un inocente en lugar de un culpable.

SNATIAGO. *(Aparte.)* No me ha conocido.... ¿qué haré?

ALICIA. *(A Monctonn.)* Pues bien, justificad á Nicolás y perdonad á mi padre y dejadle huir.... yo os lo suplico.

SANTIAGO. *(Aparte.)* Estoy á su discrecion! ¡Voto á...!

MONCTONN. Pobre niña, siento mucho aflijiros, pero pedis una cosa que mi honor me prohibe concederos.

SANTIAGO. *(Aparte.)* Sí, mas vale sacrificar mi odio amortiguado ya por los años, que dejarse ir á pique. Asi pues....

MONCTONN. *(Resistiendo á las instancias de Alicia.)* ¡Hola! *(A uno de los aduaneros que abre la puerta del fondo y se adelanta.)* Qué no dejen salir á este hombre. *(Se retira el aduanero.)* Ahora voy á avisar al correjidor.

SANTIAGO. *(A Alicia, que trata de detener á Monctonn.)* No, no irá.

MONCTONN. *(Con desprecio.)* ¡Miserable!

SANTIAGO. *(Con serenidad y despues de haber visto si está cerrada la puerta del fondo.)* No hay que sofocarse, ni escederse; yo he reflexionado y estoy tranquilo.... Ademas, pueden interrumpirnos, y es preciso aprovechar el tiempo. Vais á mudar la consigna que acabais de dar; vais á dejarme ir libre y á darme dinero para el viaje.

MONCTONN. ¡Vive Dios!... ¡pícaro mas desvergonzado!

SANTIAGO. Dejadme continuar. ¿Os acordais, capitan Monctonn, del navio *San Pablo* que conducíais de Boston el año 1814, donde venia con vos aquella hermosa jóven con quien os habiais casado hacia cuatro años?

MONCTONN. *(Visiblemente conmovido.)* ¡Desgraciado! ¿piensas interesarme despertando en mi corazon el recuerdo de la pérdida de cuanto amé?

SANTIAGO. Iba á deciros que en el naufragio en que creeis haber

perdido á vuestra esposa y dos hijas, una de las niñas, la mayor, se salvó.

MONCTONN. (*Con viveza y gozo.*) ¿Será verdad?

SANTIAGO. Si os indico su paradero, ¿hareis lo que exijia de vos hace poco?

MONCTONN. ¡Ah! si te es posible devolvérmela; si no me engañas: si me presentas alguna prueba cierta de la existencia de mi hija, ¡ah! sí, te lo juro, suceda lo que suceda, te aseguro la fuga, y esta cartera, que contiene dos mil libras esterlinas, es tuya.

SANTIAGO. (*Tomando la cartera.*) En ese caso, toma y daca: ahí teneis á vuestra hija.

MONCTONN. (*Con alegria y sorpresa.*) ¡Qué oigo! ¡Alicia! ¡hija mia!

ALICIA. ¡Padre! (*Se abrazan.*)

SANTIAGO. Y este es el collar con el retrato que llevaba al cuello.

MONCTONN. (*Reconociéndole.*) Es el de su madre.... ¡pobre Ana!

SANTIAGO. (*Mientras Alicia ha tomado el retrato y le besa enternecida.*) Como el negocio de hoy presentaba algun riesgo, he creido prudente echarme esas prendas en el bolsillo. Un marino nunca debe embarcarse sin brújula.

MONCTONN. ¿Pero quién eres tú? ¿Por qué hacer tanto tiempo un misterio de...?

SANTIAGO. ¡Ah! sí; pensais que era preciso un grave motivo para despreciar la rica recompensa que me hubiérais ofrecido lo mismo hace quince años que hoy. Pues bien, voy á decíroslo, y en presencia de vuestra hija para que á los dolores y amarguras que habeis sufrido, se una tambien la de avergonzaros delante de ella.

MONCTONN. (*Deteniendo á Alicia que ha dado algunos pasos para marcharse.*) Quedaos, Alicia: este hombre no puede echarme en cara sino una falta que cometí en mi juventud.... yo creia haberla espiado cruelmente; pero si es necesario otra humillacion, cúmplase la voluntad del cielo!

SANTIAGO. He cambiado de idea: vuestra resignacion me conmueve, y no quiero tampoco al dejar á esa niña, aflijirla con mi relacion; puesto que me habia acostumbrado á quererla.... Aléjate, Alicia. (*Llevando aparte á Monctonn.*) Oid.— Yo soy Santiago Perkins; ¿me reconoceis ahora?

MONCTONN. (*Considerándole con sorpresa.*) ¡Perkins!

SANTIAGO. (*En voz mas baja.*) Sí, Perkins, ex-marinero del buque corsario que mandaba el capitan Monctonn; Perkins, á quien robásteis en Portsmouth, para deshonrarla y abandonarla luego, la jóven que amaba y con la cual iba á casarse; el

marinero Perkins, con quien no quisisteis batiros en desagravio de esta ofensa y á quien por una ligera falta en el servicio hicísteis castigar vilmente delante de toda la tripulacion, no tanto por conservar la disciplina, como porque os acordábais de que os habia llamado cobarde é infame.

MONCTONN. ¡Ah! ya comprendo: juraste vengarte.... y lo merecia.

SANTIAGO. Juzgad si tuve paciencia cuando aguardé cuatro años. En fin os casásteis, erais padre y llevábais vuestra familia á Lóndres. Un negocio de entidad para el que necesitábais veinte hombres, os hizo saltar en tierra.... El buque estaba anclado en fondeadero seguro, enfrente de las rocas que forman la estremidad de la bahía de Audierne. Hácia el medio dia el tiempo se nubló; ajitóse el mar; una tempestad horrorosa se preparaba; tempestad que yo bendecia y me llenaba de gozo porque mientras la poca gente que quedó á bordo trataba de luchar con los elementos, yo me propuse llevar á cabo mi juramento de venganza.

MONCTONN. ¡Infeliz!... Ana....

SANTIAGO. Quise apoderarme de ella y mientras la tempestad rompia los cables impeliendo velozmente el navio hácia los arrecifes en que habia de estrellarse, entré en la cámara del buque; mas fué á tiempo que vuestra infeliz mujer caia en el mar con la hija mas jóven que tenia en brazos: el *San Pablo* se habia abierto y hacia agua por todas partes: otra niña imploraba mi amparo abrazando mis rodillas; la coji y subiendo sobre cubierta, vi un bote qué á fuerza de remos se dirijia hácia los restos del navio: érais vos que veníais sin duda al socorro de vuestra familia; y para que no pudiéseis salvar á nadie, me lancé en el piélago ocultándome con mi presa bajo las olas. Llegué felizmente á la Isla de Molene, y algunos meses despues vine á establecerme aqui de pescador. Ahora, Monctonn, bendecid los acontecimientos de esta noche, porque sin ellos yo hubiera muerto con mi secreto, y mi venganza habria sido entonces completa, porque jamás hubiérais abrazado á vuestra hija.

MONCTONN. ¡Oh! si, yo los bendigo, pues que por ellos te has visto obligado á hacer una revelacion tan preciosa. Pero he prometido asegurar tu fuga, y aunque te debiera menos, no dejaria de cumplir mi palabra.... toma estas armas.... (*Escribe algunas líneas con lapiz.)* Pasa á bordo de mi navío: con esta órden te admitirá mi teniente. Mañana nos damos á la vela y te dejo en las playas de Inglaterra. ¡Ojalá el perdon

que te concedo, sirva para alcanzarte la misericordia del Señor.

ALICIA. (*Con viveza.*) Pero aquí... ¿que pretesto?...

MONCTONN. Diremos que me ha sorprendido, que me ha amenazado con sus armas y que por violencia....

ALICIA. Pero ¿y los centinelas que están en ese corredor....

SANTIAGO. (*Rápidamente.*) Oh! no los incomodaré. (*Dirijiéndose hácia el balcon.*) Este balcon está poco elevado y con el auxilio de estas cortinas (*las arranca*) llegaré á las rocas que hay abajo. (*Atando las cortinas al balcon.*) Ahora, á Dios, Alicia, á Dios, capitan.... Dentro de un instante acusadme si quereis; pocos momentos necesito para plantarme en mi barca y estar fuera de peligro.... A Dios y él me guie.

(*Ocúltase y al mismo tiempo se oye un tiro dirijido al balcon, despues un grito sordo y el golpe de un cuerpo que cae.*)

ALICIA. (*Con viva inquietud.*) ¡Ah! ¿Será él?

MONCTONN. (*Inquieto tambien y corriendo hácia el balcon.*) Tal vez al caer, con alguna de las pistolas que le dí....

ALICIA. Pero ¿cómo sabremos?

## ESCENA X.

MERIADEC, GERVASIO; *despues* TOMAS, CENTINELAS *en el fondo.*—ALICIA, MONCTONN.

MERIADEC. (*Entra corriendo con Gervasio.*) ¿Qué ruido es ese? ¿ha intentado Nicolás escaparse?

MONCTONN. Nicolás no, sino otra persona á quien yo he querido salvar.

MERIADEC. ¿Vos, Monctonn? ¿A quién? ¿qué interés?

MONCTONN. ¿Que interés? ¡Ah! no sabeis lo que le debo, amigo mio; me ha devuelto mi hija.

GERVASIO. (*Aparte.*) ¡Su hija!

MERIADEC. (*Sorprendido.*) ¡Cómo! ¿Alicia?

GERVASIO. (*Aparte.*) ¿Qué quiere decir esto?

MERIADEC. ¿Pero ese tiro...?

TOMAS. (*Entrando con una escopeta.*) Yo lo he disparado señor corregidor; salia á caza antes que amaneciera, y habiendo visto al preso que se escapaba.... Ya le han recogido y le traen.

GERVASIO. (*Aparte á Tomás.*) Buena hazaña! A Santiago es á quien has herido, torpe!

TOMAS. *(Aparte.)* ¡A Santiago! ¡voto al infierno! y habia cargado la escopeta con dos balas.

GERVASIO. *(Aparte.)* De todos modos, si no has errado el tiro, bien hecho está.

## ESCENA XI.

PRUDENCIO, ADUANEROS, *que traen á* SANTIAGO, VECINOS, *despues* NICOLAS.—DICHOS.

*(Traen á Santiago moribundo: le colocan en un sillon y todos le rodean. Monctonn se aproxima tambien con interés, y Alicia da muestras de de la mayor afliccion.)*

SANTIAGO. *(Haciendo un esfuerzo para hablar.)* Acercaos.... acercaos todos y oid mis últimas palabras.... Nicolás es inocente... yo fuí quien dió muerte á Beltran; Nicolás se sacrificaba por amor á Alicia.... Yo no sé quien me ha herido, pero no hay remedio para mí.... Alicia! Alicia.... Ah...! ¡No poder morir en alta mar...! *(Cae.)*

MERIADEC. *(A Alicia que se ha lanzado hácia Santiago en la mayor afliccion.)* ¿Qué haces, hija mia?

ALICIA. *(Llorando.)* ¡Ah, señor! ¿no le he tenido por padre durante quince años?

*(Se arrodilla y ora junto á Santiago, que acaba de espirar.)*

MERIADEC. *(A un dependiente.)* Traed á Nicolás á mi presencia. Vos, Gervasio, desde hoy hareis tapiar todas las puertas y ventanas de la Abadía. *(A los aduaneros.)* Y vosotros pondreis allí una guardia hasta que se concluya la obra.

TOMAS. *(Aparte á Gervasio.)* Nos quitan el nido: no habrá mas remedio que hacernos hombres de bien.

GERVASIO. *(Idem á Tomás.)* Paciencia: renunciaremos al contrabando.

MERIADEC. *(Viendo salir á Nicolás, á quien traen y acompañan como en triunfo Monctonn y los vecinos.)* ¡Nicolás! vuestra inocencia está reconocida.

MONCTONN. Vuestro heroismo os ennoblece, y yo me honro en recompensarlo. Hija mia.... sé tú su premio.

ALICIA y NICOLAS. *(Abrazándose.)* ¡Ah!

## FIN.